

de la democracia moderna sobre el más sublime de todos los altares, sobre las ruinas de Roma. El calor de la nueva idea penetraba en las dos extremidades de Europa en dos naciones esencialmente monárquicas, en España y en Rusia. El viento de la tempestad agitaba á la sesuda Alemania. Huía el Emperador de Austria y saludaba á los mártires de la revolucion tendidos dentro del palacio real y en el real tálamo depositados, á los inmolados en las calles defendiendo la libertad. Hungría se proclamaba independiente, y Polonia se apercebia á nuevos combates y nuevos sacrificios. ¿Quién hubiera dudado entonces del triunfo de la República en Europa?

Mas se cometieron por todos muchas faltas y se tocaron pronto los resultados de estas faltas. Nosotros creimos cándidamente que teniendo el Estado lo teníamos todo; y que bastaba con decretar una República para establecerla y consolidarla. Los socialistas, con la demanda de una aplicacion inmediata de aquellas sus teorías, ni bien explicadas por ellos, ni bien aprendidas por el pueblo, exacerbaron la sed de reformas sin satisfacerlas, el terror de las clases conservadoras sin dominarlas. Los partidarios de la revolucion se dividieron en sectas interminables y se declararon mutuamente una guerra á muerte. El partido más avanzado creyó que la República debía ser la revolucion permanente. Un dia invadió la Asamblea con grave detrimento de la legalidad; y otro dia empeñó las terribles jornadas de Junio que abrieron sangrienta llaga en el corazon de la República. La sangre de los republicanos de las barricadas salpicó á los republicanos del poder, y en aquella sangre se ahogaron todos. Cavaignac fué un objeto de horror para los republicanos avanzados, y Luis Blanc otro objeto de horror para los republicanos históricos. De los desengaños del pueblo, de las utopias del socialismo, del terror en los conservadores, de la division profunda entre los republica-

nos, del descrédito universal se aprovechó Napoleon para alzarse á la presidencia, y desde la presidencia al Imperio. La reaccion volvió con gran fuerza. Caimos en Roma, caimos en Venecia, caimos en Pesth, caimos en Dresde, caimos en Berlin, caimos en Viena; el reinado de la Santa Alianza se reabrió de nuevo en Europa y á pesar de esta reaccion tantas veces atribuida á torpeza de los republicanos, la obra de mil ochocientos cuarenta y ocho no se perdió, no se malogró completamente. Con las ideas republicanas, con las ideas democráticas se mezcló en la revolucion general la idea de la independencia de los pueblos esclavos; la idea de la unidad de los pueblos fraccionados. Italia no habia combatido sólo por la República, sino tambien por su autonomía; Alemania habia pugnado además de por ser libre, por ser una. Estas dos ideas, que no chocaban abiertamente con la forma monárquica, habian sido representadas en Italia por el Piamonte y en Alemania por la Prusia aun durante la revolucion de mil ochocientos cuarenta y ocho. Vino la reaccion general, y no llegó hasta esas dos ideas, únicas luminarias en medio de las tinieblas. Prusia tenia que vengar la humillacion de Olmutz; el Piamonte la rota de Novara. Al frente de este reñecillo se encontraba un hombre extraordinario, uno de esos hombres dotados de excepcionales cualidades, que sólo acierta á producir Italia. Estudiando con verdadera profundidad la situacion de Europa, y aprovechándola con un supremo sentido político y una oportunidad sin ejemplo, llegó á tentar á Napoleon y á comprometerlo con todas sus fuerzas conservadoras en esta revolucion. Italia estaba hecha; y una parte considerable de la revolucion de Febrero estaba materialmente cumplida. El ejemplo del Piamonte tentó á Prusia que emprendió una obra no ménos audaz y no ménos política para lanzar al Austria de Alemania como habia sido lanzada de Italia. Pero Napoleon advirtió que esta obra mermaba el poder material de Fran-

cia y disminuía su propia autoridad sobre el pueblo francés. En un principio alentó la empresa de Prusia como habia alentado la empresa del Piamonte. Creyendo obtener de Prusia la orilla izquierda del Rhin como habia obtenido del Piamonte Niza y Saboya. Pero cuando esta pretension fué contestada con una negativa, se empeñó en colosal guerra; y esta guerra lo derribó del trono. La República reapareció en Francia.

Circunstancias terribles, aquellas circunstancias en que apareció la República. Heredera de veinte años de Imperio debia recoger la cosecha de sus errores y de sus faltas. Heredera de una guerra insensatamente provocada, y sin medios apenas sostenida, debia cargar con sus derrotas. A todas estas desgracias, únicamente imputables al Imperio, se unió la horrible desgracia de una paz vergonzosa y de una desmembracion del territorio. Los pueblos ansiosos de reparar los desastres de la guerra, eligieron una Asamblea encargada únicamente de tratar con el enemigo y por lo mismo eligieron una Asamblea monárquica, porque el partido republicano se encontraba comprometido por la guerra y por la guerra á todo trance. Pero la Asamblea elegida solamente para tratar de la paz, se erigió en Asamblea Constituyente, y trató de constituir la monarquía. A este error de la Asamblea respondió otro más grande todavía, el de la revolucion comunera de París. Y esta revolucion comunera trajo lo que traen esos ensayos y esos desastres; una reaccion espantosa. Y tras esta reaccion, repúblicos de las ideas conservadoras de Mr. Thiers y de sus servicios al orden, pasaron como demagogos furiosos, porque querian establecer, en la imposibilidad de restaurar la Monarquía, una República sensata. Y Thiers fué derribado del poder. Y los monárquicos que le derribaron, jamás consiguieron fundar la monarquía. Todos los caminos fueron tentados, y todos llegaron al mismo fin; todos los medios fueron puestos en juego y todos alcanzaron

los mismos resultados. La casa de Orleans se arrastró á los pies de la casa de Borbon para obligarla á reconocer la revolucion y á envolverse en la bandera tricolor. El septenado se convirtió en regencia de un rey ausente. Y la sombra de una monarquía mataba la naciente República. Pero de todos estos sofismas vivientes dió buena cuenta el sentido práctico de los republicanos, y la lógica incontestable de los hechos. La República se ha fundado definitivamente en Francia.

¿Y en España? Aunque parece por muchos ya olvidado, la República se propagó y se fundó en España tambien. Como en Francia, como en Italia, despues de fundada con tanto trabajo, se desvaneció la República con rapidez. Contar la larga y porfiada propaganda, la lenta y difícil organizacion del partido, nuestras empresas en la tribuna y en la prensa, las dificultades con que tropezó el gobierno y los obstáculos que en su contra se amontonaron por todas partes hasta derribarlo, asunto difícilísimo será en verdad, porque actor en todos estos sucesos, podrá faltarme la imparcialidad necesaria para llegar á ser un verdadero historiador; mas intentaré el desempeñarlo con ánimo resuelto y sosegada conciencia. Entonces, en volúmenes sucesivos de esta misma obra, historiaré el movimiento republicano así en España como en Alemania, así en Alemania como en Austria, así en Austria como en Hungría, así en Hungría como en Italia. Cuando hemos visto esta idea penetrar en el seno de la helada Rusia, tener allí escritores de primer orden, organizar un partido formidable, y producir mártires ilustres, ¿podremos dudar de que es una idea universal, humana, aprendida ya por la conciencia pública é impuesta soberanamente á nuestro siglo que habrá comenzado á realizarla, porque solamente en la República y por la República se puede fundar la confederacion de los pueblos? Lo cierto es que la idea fundamental de las monarquías ha desaparecido y se ha borrado en

la conciencia humana. Lo cierto es que esos monumentos tan colosales por sus proporciones, y tan respetados por su duración secular no pueden erigirse, ni pueden conservarse sino sobre ideas muy fuertes y muy profundamente arraigadas en el humano espíritu. Desde el punto en que la monarquía vive por medio de pactos con sus pueblos, discutida todos los días en la prensa y en la tribuna á pesar de su irresponsabilidad, llevando sobre sus sienes una corona que la aplasta, el dogma de la soberanía popular; sujeta á representar ajenas ideas y á servir sólo de último enlace entre lo presente y lo pasado, bien puede asegurarse que la monarquía está muerta y que su ministerio se reduce en el mundo á preparar la transformación universal de los pueblos civilizados en verdaderas repúblicas. Esta grande transformación es la más difícil de todas las obras políticas. En este tránsito de uno á otro hemisferio de las sociedades humanas y de los tiempos históricos se encuentran todas las dificultades con que necesariamente tropezará nuestra radical transformación. Cuando esa hora suene, cuando ese tiempo llegue, que volverá á presentarse por combinaciones misteriosas, precisa guardarse mucho de las utopías y de los demagogos. Proclamar la República no es proclamar la transformación social toda entera. Es el principio de una transformación lenta, es el instrumento de un

trabajo continuo, es el principio de un progreso larguísimo, es el cuerpo en que deberá encerrarse el nuevo espíritu; pero cuerpo delicado y débil y enfermizo como el cuerpo de los niños, necesitando un alimento en la proporción debida con su salud y con su robustez y con sus fuerzas. De otra manera, si intentais cien veces proclamar la República, y al nacer, le exigís que renueve de arriba abajo toda la sociedad, cien veces os pasará lo mismo, cien veces el frágil cuerpo recién nacido se os deshará entre las manos como las tenues alas de la mariposa que el niño estruja por creer así más fácil y más hacedero el conservarlas. Estudiad la naturaleza, que existen analogías bien claras entre la naturaleza y la sociedad. Convertid el pensamiento á sus transformaciones. Mirad cómo la serie no se interrumpe, cómo los grados se guardan rigurosamente en todas sus obras. Este nuevo organismo de la República ha menester muchos cuidados y mucho pulso. Que la generación venidera aprenda en nosotros. Que escarmiente en nuestras desgracias. Que tenga fé y esperanza, pero que la exaltación y el calor de esta fé, de esta esperanza, no dañe en manera alguna al claro sentido político, indispensable para la obra gigante de amoldar la impura realidad á un ideal. Y la República se habrá fundado definitivamente en toda Europa.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE.

TOMO SEGUNDO.

Capítulos.	Páginas.	Capítulos.	Páginas.		
I.	Sucesos y consecuencias del 22 de Junio de 1866.....	5	XXXI.	Conjeturas.....	345
II.	El Concilio Vaticano y su influencia política.....	49	XXXII.	La situación de Europa.....	349
III.	De la creciente agitación republicana en Francia.....	83	XXXIII.	Minuciosidades.....	359
IV.	La agitación creciente.....	95	XXXIV.	Desesperación.....	361
V.	Las elecciones de 1869 y su trascendencia política.....	107	XXXV.	Desastres.....	363
VI.	Las revelaciones de la libertad.....	117	XXXVI.	Los estremecimientos de Francia.....	367
VII.	Un salto en las tinieblas.....	125	XXXVII.	Castigos.....	369
VIII.	El movimiento democrático en frente de las evoluciones imperiales.....	135	XXXVIII.	Errores.....	371
IX.	La crisis suprema.....	163	XXXIX.	La fuga.....	377
X.	El movimiento religioso en los pueblos latinos.....	185	XL.	La diplomacia y la guerra.....	379
XI.	La libertad del Concilio.....	205	XLI.	La incertidumbre.....	383
XII.	Decisiones del Concilio.....	209	XLII.	Tinieblas.....	387
XIII.	La infalibilidad pontificia.....	213	XLIII.	Preparativos del sitio de París.....	391
XIV.	Roma y el Concilio.....	217	XLIV.	Momentos supremos.....	393
XV.	Definición de la infalibilidad.....	225	XLV.	La derrota.....	397
XVI.	La Internacional.....	235	XLVI.	París.....	401
XVII.	Los Congresos de la Internacional.....	241	XLVII.	Los poderes caídos.....	407
XVIII.	Las ideas de la Internacional.....	249	XLVIII.	Primeras palabras.....	411
XIX.	Los grandes crímenes.....	255	XLIX.	La Europa.....	413
XX.	El horror público.....	265	L.	París.....	415
XXI.	El entierro de Víctor Noir.....	269	LI.	Votos por la paz.....	417
XXII.	Los dos procesos.....	277	LII.	Un nuevo crimen.....	421
XXIII.	Un motin.....	283	LIII.	La antigua y la nueva diplomacia.....	423
XXIV.	Amenazas de guerra.....	287	LIV.	Los comienzos del cerco.....	425
XXV.	Nuevos escándalos.....	295	LV.	Más guerra.....	427
XXVI.	El plebiscito.....	307	LVI.	El cautivo y el pueblo.....	429
XXVII.	La candidatura de Hohenzollern.....	327	LVII.	El ejército prusiano.....	431
XXVIII.	Reflexiones sobre la guerra.....	331	LVIII.	La desorganización del ejército francés.....	435
XXIX.	La declaración de guerra.....	335	LIX.	Revelaciones.....	439
XXX.	Detalles históricos.....	339	LX.	El vencedor y el vencido.....	443
			LXI.	Italia y Roma.....	445
			LXII.	Locuras y catástrofes.....	447
			LXIII.	El Vaticano.....	449
			LXIV.	Los papeles secretos.....	451
			LXV.	¡Pobre Francia!.....	453